

## EL BOSQUE DE LOS SUEÑOS, III

### Sueño V: Hija del Sol y las Tinieblas

1

(Blancaflor)

Yo, Blancaflor, la hija del Diablo, confieso y declaro a la comunidad de los hombres, y a la turba de los dioses, que siempre quise ser una mujer normal, quiero decir, una mujer mortal. En esto, y sólo en esto, me reconozco idéntica a Medea, la hija del Sol, que también dirigió todo su infortunio a corregir la fuerza oscura que la desviaba hacia una triste y anodina inmortalidad.

De todo lo demás en que dicen que nos asemejamos, nada admito, pese a que son muchas las apariencias y a que la casualidad no existe. Baste decir que Medea pertenece a otra casta, se halla consagrada en sacerdocio a una tal diosa Hécate, y todo lo mágico que sabe es aprendido, estudiado y vuelto a estudiar.

De mí añadiré, por ahora, que soy en lo exterior digna hija de mi padre, a quien llamaré en adelante de otra manera que no sea **el diablo**, a causa de lo mucho que perturba este viciado nombre. Claro que no tengo cuernos, ni patas de gallina o de cabra; por el contrario, mi aspecto es, según dicen, normal (dentro de lo que se debe a una primitiva beldad luciferina), y a no ser por una cabellera negra que azulea en las horas radiantes; también mis ojos discrepan suavemente de color, entre la miel y el ámbar. Nadie repara fácilmente en esto último, pues depende mucho de las circunstancias, como por ejemplo mi estado de ánimo; de modo que la furia, el ardor o la tristeza, imprimen en mis pupilas

variaciones desconcertantes, en cuanto al tono, la intensidad, el brillo... Como si un cúmulo de estrellas se encendieran o apagarán según qué.

Tan sólo él se percató enseguida de que algo errático me confundía la mirada. Y en eso supe que era mi príncipe, tan hermosamente humano, tan tierno, tan inseguro en su engañosa altivez. Ya la primera vez que lo transporté entre mis alas, cuando águila, tuve un atisbo, una corazonada, pues que sentí su cuerpo y el abrazo de sus piernas sobre mi cuello como un peso suave y definitivo. Ah, no he dicho todavía que yo también, como Medea, tengo fama de bruja, maga o hechicera; lo que queráis. Mejor será no negarlo. Y que en virtud de mis artes diabólicas es como puedo transformarme, y transformar las cosas en lo que quiera, dentro de ciertos límites, claro está, que sólo yo conozco.

(Medea)

Yo, Medea, la hija del Sol, confieso y declaro a la comunidad de los dioses y a la turba de los humanos que siempre quise ser una mujer normal, quiero decir, una mujer mortal. En esto, y sólo en esto, me reconozco igual a Blancaflor, la hija del Diablo, que también forcejeó con el Destino para impedir que todo su sufrimiento la devolviera al Castillo de Irás y no Volverás, donde moran las sombras sempiternas, en sempiterna monotonía.

En todo lo demás nos separamos, a pesar de las apariencias que tienden a crear semejanzas entre nosotras. Baste decir que sus artes mágicas son naturales, que no está consagrada a ningún dios, sino a los caprichos de su padre terrible. Y hasta es dudoso, como de él, que posea verdaderamente un cuerpo, dada la facilidad con que se torna en esto o aquello, ya sea animal o cosa.

De mí añadiré, por ahora, que soy en todo digna hija del Sol, aunque he de aclarar enseguida que el verdadero hijo suyo es mi padre, el rey Eetes. Pero es que la dependencia respecto a Aquel que todo lo ilumina y lo calienta es de tal intensidad entre sus descendientes, que cualquiera de ellos puede, y aun debe, reclamarse hijo suyo. Así yo, sin falsedad alguna, proclamo que soy Medea, hija del Sol, y que de él procede tanto el dorado resplandor de mis cabellos, como un centelleo estelar que hay a veces en mis ojos, sobre el glauco marino que es su color. Y no lo digo por vanidad, sino porque gracias a esa cualidad extraña lo reconocí de inmediato, a él, al bellissimo Jasón, como al héroe que me estaba destinado. Pues la primera vez que entró en mis pupilas, con su capa de púrpura, fue

como Sirio saliendo del océano. Tan fácilmente se acomodó a mi mirada, quiero decir, que no tuve que acudir a ninguna de mis artes sagradas para cerciorarme; ni abrirle las entrañas a ningún carnero, ni estudiar el vuelo de las gaviotas sobre el horizonte de aquel atardecer, en que el mundo renació para mí. Con sólo el dardo de Cupido lo entendí para siempre. Él inflamó mi pecho y envenenó mi razón de tal manera que hasta hoy, después de tanto tiempo y de tantas calamidades, no dejo de sentir, cada vez que me descuido, la misma turbación repentina y embriagadora, como si acabara de conocerlo.